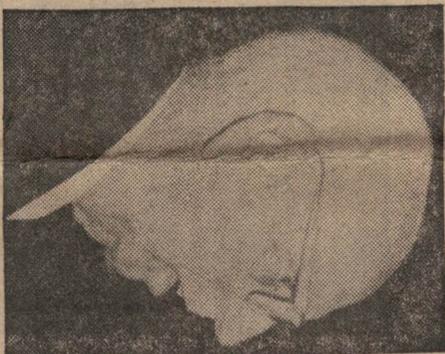


El catalán: Un vaso de agua clara

En un momento especialmente difícil para la lengua catalana, cuando al presentarse en las Cortes franquistas la ley de Enseñanza hubo ataques virulentos por los «separadores» de siempre, escribió José María Pemán su luego comentadísimo artículo. Lo traemos hoy a estas páginas como homenaje al maestro presente durante más de medio siglo en la actualidad literaria.

José M.ª Pemán



Venir a Madrid, de cuando en cuando, es un modo de encontrarse los problemas socio-políticos ya planteados; ya en su periodo emocional y confuso. Es como llegar a una comedia en el segundo acto: cuando el desenlace se vislumbra cercano, y las fuerzas dramáticas presionan para que ese desenlace sea de este modo o del contrario.

En esta ocasión me encuentro —¡otra vez!— el problema del idioma catalán revivido con ocasión de la enseñanza en las escuelas. Pienso que el primer problema del catalán como idioma es este de calificarlo como «problema». En este caso, como en otros muchos, el problema es el modo de manipular una cosa que en sí misma no lo es. El catalán, en sí, no es un problema: es una evidencia. Lo que ocurre es que las evidencias cobran fisonomía contorsionada de problema cuando son manejadas por los políticos, ¡que esos sí que son problemáticos!

Ahora el tema echa chispas, porque en las Cortes, con ocasión de discutirse la Ley de Enseñanza se ha dicho que se tuviera cuidado con el catalán, que podía ser portador de virus políticos. Es otra vez la suspirada renacida. Desde el día siguiente de la liberación de Cataluña se vio el camino que iban a emprender algunos, reiniciando en pasados errores. Estuve en Barcelona en los primeros días. Aparecieron calles y esquinas empapeladas de tiras o rótulos inoficiales con este texto: «No hables catalán, habla la lengua del Imperio.» Se iniciaba esa fórmula que había

de emplearse en muchas cosas: contestar a los hechos con los vocabularios. A mí me invitaron poco después para ser manenedor de los Jocs Florals, que iban a reanudar la vieja tradición provenzal. La invitación iba acompañada de unas notas en las que se me adelantaba que no admitirían poemas escritos en catalán. También confidencialmente se me rogaba que no hiciera la exaltación de Juan Boscán, el primer poeta catalán que, a fines del siglo XV, escribió versos en castellano. Contesté excusándome, porque vi claramente que se organizaba un acto «separatista»: que de una raya o frontera tanto puede uno separarse de un lado como de otro; y por una ley de dinámica social el tirón hacia dentro es correlativo e inseparable del empujón hacia fuera.

Estaba claro que algunos estaban dispuestos a reincidir en la viejosa distribución arbitraria de buenos y malos. Por aquellos días en el orden cultural se armó revuelo cuando D'Ors publicó una «lista de las cosas que los griegos no tenían», en la que enumeraba, al lado de las gafas o la bufanda, la confesión vocal. Ahora se redactaba la nueva lista de cosas malas con igual convencionalismo: los paridos, el parlamento, la prensa... el idioma catalán. Clasificadas así las cosas se les aplicaban soluciones absolutistas: emmendándole la plana a Dios; que, por ejemplo, prohibe el adulterio, pero no prohíbe, curándose en salud, que salgan las mujeres a la calle, que

dos o espontáneamente, las cámaras profesionales, las empresas, los sindicatos. Pero cuando lo que se plantea, como ahora, es el tema de la lengua catalana, acuden con una ensordecedora espontaneidad los ateneos, los clubs de fútbol, los catedráticos, los teatros de aficionados, las parroquias, los grandes almancen... Está bien claro: es la «vida» en su totalidad espiritual y física la que se ha sentido convocada.

Todas estas realidades vivas se sienten dolidas al ver que como se propone cachear a los viajeros de las líneas de aviación, previendo la piratería aérea, se propongan algunos echar al catalán por si lleva virus escondidos. No se comprende que estemos ante hechos biológicos que se escapan de las manos. El día en que Menéndez Pelayo fue manenedor de unos «Jocs Florals», pronunciando en catalán parte de su discurso; y en que el poeta premiado con la «englantina de oro» era Jacinto Verdaguer, que declamó parte de su «Atlántida»; desde ese día había un hecho irreversible, que la política no podía desconocer: porque no era de la familia de las leyes o los decretos, sino de la familia de la biología y la física como la montaña de Montserrat, del Llobregat o el Medierriano.

Todavía son muchos los que escriben preguntando si el catalán o el gallego son lenguas o dialectos. Creen que ésta es una jerarquía administrativa que se dictamina desde fuera. Se es lengua cuando se tiene alojada en sus palabras una gran literatura. Nadie puede votar contra Curros Enríquez, Rosalía de Castro, Verdager, Margall o Sagarra. Hay pueblo bilingüe, eso es todo. Son muchos los catalanes que aun que hablen perfectamente el castellano piensan en catalán.

No vale dar distinto valor al hecho de pensar en una lengua cuando hay dos, según el entorno polémico del tema. En Puerto Rico, cada día más, se habla el inglés por personas que piensan en español. Le puede salir el tiro por la culata y herir la Hispanidad al que no valore en el pecho del catalán lo que es ser la lengua del pensamiento.

Hay que superar esa tendencia muy española a enfocar las cosas en un sentido pasivo y resignado, en vez de creador y activo. Es el caso de los beatos y escrupulosos que cuando el Papa decretó el permiso de beber agua, sin límite de tiempo, antes de la Comunión, encaban el hecho como una consecuencia melancólica a la que había llegado el Papa porque no tenía más remedio. Sin entender que el episodio tenía un valor positivo; y lo que el Papa hacía era ensanchar las posibilidades de los comulgantes contra las dificultades y limitaciones de la antigua regla del ayuno: que es a lo que el Papa quería poner remedio. Lo que nos asombra no es que lo hiciera así, sino que durante tantos años y siglos se mantuviera esa suspicacia de impureza, frente a una criatura tan limpia y transparente como el agua.

Del mismo modo, el catalán no es un hecho que se conlleve o al que se resigna uno. Es un hecho, no pasivo, sino activo, que significa enriquecimiento y aumento para España. Transparente el contenido y el cristiano continente, nada hay en este tema que sea resignación o componenda. Hablar o leer o aprender el catalán es un hecho simplísimo. Se trata de beber un vaso de agua clara.

José María Pemán, escritor y comediógrafo. Académico y ex presidente de la Real Academia Española.